

Editorial

LA VIDA ADULTA

Por lo general no se piensa mucho en el período de la vida adulta –la adultez- por diferentes razones. El mismo término –“adultez”- es poco común e intenta describir una situación, la de la edad adulta, de la manera como existe la niñez, la adolescencia, la juventud y la vejez o senilidad.

Ante todo sus confines no son bien claros: ¿Cuándo empieza la vida adulta y cuándo termina?

En segundo lugar, los adultos no tenemos mucho tiempo para reflexionar sobre nuestro estado de vida: las tareas nos ocupan todo el tiempo.

En tercer lugar hay una resistencia psicológica: pensar en nosotros mismos sería como renunciar o traicionar los compromisos para los demás (nuestra familia, nuestro trabajo, nuestro compromiso comunitario, etc.): los demás podrían interpretar nuestra conducta como un comportamiento inmaduro.

Hay, también, otra percepción –común a las escuelas tradicionales de psicología y también a la socialización religiosa de la Iglesia Católica- que en la edad adulta “el partido ha terminado” y no hay nada que hacer. Se piensa –equivocadamente- que la persona no puede cambiar, tiene una estructura de personalidad ya formada y rígida.

En este número de la Revista queremos reflexionar sobre la adultez. No nos pondremos problemas sobre su inicio y fin, sino que la analizaremos según sus tareas principales: transmitir la vida, trabajar y educar. Veremos también algunos aspectos más destacados de la psicología de la adultez. Creyentes y no-creyentes, además, están de acuerdo en ver a Jesús como un “buen modelo” de persona adulta.

Estamos convencidos de que la adultez no es un período rígido, impermeable al cambio, estático y fijo. La experiencia nos dice que los cambios son notables, aún si no repentinos. Se trata de valorar y usar la palanca del proyecto de vida, para que las dificultades se transformen en desafíos, el realismo esté conjugado con la ilusión, el envejecimiento y la pérdida de los roles sociales-reproductivos-educativos sean vividos como oportunidad para desarrollar la dimensión espiritual y trascendente, los fracasos sean experiencias de aprendizaje y los balances sobre la propia experiencia en ocasión de replantearse nuevos objetivos.

En algunas ocasiones se nos pide que como adultos “demos buen ejemplo”. No está equivocada esta petición y debe de ser la inquietud de cada uno de nosotros. Sin embargo, no nos dejemos llevar hacia un comportamiento hipócrita y falso, como si “dar buen ejemplo” fuera una máscara que ponemos en algunas ocasiones oficiales o cuando nos miran. Nuestra vida dará “buen ejemplo” si la viviremos en plenitud, armonizando las diferentes dimensiones de nuestra vida, con fidelidad al proyecto de vida que hemos asumido, con auténtica madurez.